

JAMES POTTER

Y EL
HILO CARMESES



5

G. NORMAN LIPPERT

JAMES POTTER
Y EL HILO CARMESÍ
G. NORMAN LIPPERT

CARIÑOSAMENTE BASADO EN LOS MUNDOS Y PERSONAJES DE J.K. ROWLING

© G. NORMAN LIPPERT, 2017



Capítulo 25

El Tiempo entre los Tiempos

—Date prisa, Petra, y no dejes que el hermano de Noah te vea.

Era la voz de Ted Lupin, joven y alegre, sin mancha por la preocupación.

Ella asintió, pasando y rozando junto a James cuando el retrato de la Dama Gorda se hizo a un lado para revelar el brillo del fuego encendido en la sala común. James empezaba a seguirla cuando Ted le pasó un brazo alrededor de los hombros, dándole la vuelta y llevándole de regreso al rellano.

—Mi querido James, no habrás imaginado que íbamos a dejar que te arrastraras hasta la cama a una hora tan temprana, ¿verdad? Hay tradiciones Gryffindor en las que pensar, por las barbas de Merlín.

—¿Qué? —tartamudeó James. —Es medianoche. Lo sabes, ¿verdad?

—Comúnmente conocida en el mundo muggle como "La hora de las brujas", —dijo Ted instructivamente. —Un nombre tristemente equivocado, por supuesto, "La hora de que brujas y magos gasten alguna broma a desprevenidos muggles" es un poco largo para que nadie lo recuerde. Nos gusta llamarla simplemente "Hora de Elevar el Wocket".

Ted estaba conduciendo a James de vuelta a las escaleras, junto con otros tres Gryffindors. —¿El qué? —preguntó James, intentando no perderse.

—El chico no sabe lo que es el Wocket, —dijo Ted tristemente hacia el resto del grupo. —Y su padre es el propietario del famoso Mapa del Merodeador. Pensad en lo fácil que sería esto si pudiéramos poner nuestras manos en *semejante* tesoro. James, déjame presentarte al resto de los Gremlins, un grupo al que ciertamente puedes esperar unirme dependiendo de cómo vayan las cosas esta noche, por supuesto. —Ted se detuvo, se giró y ondeó el brazo ampliamente, señalando a los otros tres que se escabullían con ellos. —Mi número uno, Noah Metzker, cuyo único defecto es su involuntaria relación con su hermano prefecto de quinto año.

Noah se inclinó cortésmente por la cintura, sonriendo.

—Nuestra tesorera, —continuó Ted, —si alguna vez nos las arreglamos para encontrar alguna moneda, Sabrina Hildegard.

Una chica de cara agradable con un montón de pecas y una pluma prendida en el espeso cabello rojizo asintió hacia James.

—Nuestro chivo expiatorio, si tales servicios son requeridos, el joven Damien Damascus.

Ted agarró el hombro de un chico corpulento con gafas gruesas y una cara de calabaza que sonrió hacia él y gruñó.

—Y finalmente, mí coartada, mi pantalla perfecta, la favorita de todos los profesores, la señorita Petra Morganstern.

Ted gesticuló afectuosamente hacia la chica que acababa de volver por el agujero del retrato, su largo cabello oscuro enmarcaba una cara que James inmediatamente memorizó, reconociendo enseguida que pronto se convertiría en el centro solar de su universo, aunque apenas sabía cómo o por qué. Se encontró con su mirada y sonrió, sus ojos centelleantes pero profundos con secretos ocultos.

Ella era tan joven, tan aparentemente despreocupada. James no tenía idea de lo que había debajo de esa sonrisa fácil y bonita.



Excepto que sí la tenía.

Ambos padres estaban muertos, su padre a manos de los vengativos guardias de Azkaban, asesinado por los oscuros secretos que insistió guardar, su madre en el parto, muriendo incluso cuando los primeros gritos de Petra se encontraron con el mundo. Ahora, Petra vivía con su abuelo y su odiosa y viciosa esposa muggle, Phyllis, cuyo acoso incluso se extendía a su propia hija mentalmente discapacitada, la joven Izzy Morganstern, a quien Petra amaba como una hermana y protegía lo mejor que podía.

—¿Cómo está pasando esto? —preguntó James a Petra mientras se movía para unirse al resto de los Gremlins.

Solo que ahora estaban solos. Los otros Gremlins caminaron hacia el pasado, sus voces se desvanecieron. El retrato de la Dama Gorda se deslizó en la sombra y el pasillo desapareció en la oscuridad, convirtiéndose en una caverna húmeda y caliente con la presión. Una piscina parpadeaba cerca, iluminada desde dentro por una misteriosa luz verde. Petra ahora llevaba un vestido amarillo, casi imposiblemente fruncido y tieso con capas. Su maquillaje estaba corrido y surcado con lágrimas, aunque sus ojos eran claros, insatisfechos.

—Sígueme, —comenzó ella con una especie de cariño cansado y desaprobador. — James, realmente no sé qué hacer contigo.

Él se encogió de hombros y se movió a su lado, mirando alrededor. —¿Dónde estamos? ¿Tú sabes?

Ella echó un vistazo a su alrededor, usando el dorso de su mano para borrar una franja de rímel de su mejilla. Solo que, al hacerlo, la Cámara de los Secretos se desdibujó, se oscureció y se hizo enorme. El suelo se convirtió en los tablones de madera de un embarcadero. Un lago boscoso se extendió hacia una brumosa costa arbolada. El mirador no estaba allí. O, fue hace mucho tiempo que se había ido, hundido en las oscuras profundidades.

—No es un lugar, —dijo Petra, girando junto a James y tomando su mano, caminando hasta el final del embarcadero con él. Juntos, miraron hacia abajo, hacia la forma oculta y fantasmal debajo de las olas. Petra ahora llevaba un sencillo vestido de calicó, cubierto por un jersey de azul pálido. —Pensé que estaba abriendo un portal a otra dimensión. Pero ahora veo que me han engañado. Lo entendí al entrar en el espacio entre el portal y su unión conmigo aquí. La gente dice que la retrospectiva es siempre más clara. Aquí, la visión retrospectiva y la previsión son toda la estructura de la realidad. Es casi imposible ser engañado aquí.

Él sintió que tenía razón y empezó a comprender.



—Ambos hemos estado en el Mundo entre los Mundos, —dijo, apretando su mano y mirándola. —Esto es como eso, ¿no? Este es el Tiempo entre los Tiempos.

Ella asintió. La herida en su frente estaba sanada ahora, James vio, o tal vez nunca había sucedido todavía. Parecía más joven y mayor de lo que él la conocía. Probablemente, le parecía lo mismo a ella.

El lago se desvaneció. En su lugar había un vasto espacio abierto. Había bancos ordenados dispuestos a intervalos, y la sugerencia de plataformas, una sensación de espera paciente, aunque el espacio estaba completamente vacío. James se dio cuenta de que era una estación de tren.

—King's Cross, —Petra sonrió, y se alejó de él. Vestía de nuevo diferente, pero de una manera que James nunca le había visto antes. Llevaba un vestido sencillo, de forma ajustada en la parte superior, suelto y fluido en la parte inferior, con el mismo azul pálido que su antiguo jersey con capucha, pero hecho de una suave, pálida y reluciente tela, a la vez densa y ligera cuando se balanceaba sobre sus piernas. Perlas de marfil colgaban en una sola hebra alrededor de su cuello. Para sorpresa de James, tenía un anillo de diamantes en la mano izquierda. No era enorme ni ostentoso, pero tampoco era barato. Estaba inscrito en el interior con una frase: *Amis et amoureux pour toujours (Amigos y amantes para siempre)*. James lo supo como si él mismo hubiera hecho la inscripción... y el anillo mismo... estuviera allí.

Petra había aprendido francés en Alma Aleron, después de todo, y siguió amando el idioma, a pesar de que no lo hablaba fluidamente...

James se miró a sí mismo. También estaba vestido de manera diferente... vestía una camisa blanca con botones y una chaqueta oscura, azul marino, el color de la casa Pie-grande, pero de alguna manera igualaba el vestido de Petra, un tono para otro tono. Era un poco más alto, un poco mayor, como ella.

Se movió hacia ella con confianza, la tomó en sus brazos, y ella se acercó a él fácilmente, apoyó su cabeza en su hombro. Permanecieron así durante algún tiempo, descansando juntos, abrazándose como si fuera la cosa más natural del mundo, sin decir nada.

Finalmente, Petra lanzó un largo suspiro contra él, se agitó y se estremeció mientras exhalaba.

—No podemos quedarnos aquí para siempre, —dijo con pesar.

—Lo sé, —contestó James en voz baja, sin dejarla ir. Ese momento llegaría pronto.



Levantó la cabeza y lo miró, leyéndole los ojos. — ¿Qué crees que sea esto?

Se encogió de hombros un poco. — Un vistazo de lo que pudo haber sido...

Ella asintió y miró a su alrededor, luego apoyó la mejilla contra su pecho. Él le tocó la parte superior de la cabeza con la barbilla, respirando el olor de su pelo. Débilmente silenciosa, dijo, — No hay nada más triste en el mundo que "lo que pudo haber sido".

Fue el turno de James de suspirar entonces.

El mundo extrañamente vacío de la Estación King's Cross era ahora más oscuro. Tenía el efecto de las luces del teatro atenuadas, acallando a la multitud, sutilmente insinuando que el acto final estaba a punto de comenzar.

Sin embargo, James no dejó que Petra se fuera. Ella bajó los brazos, encontró las manos de él y entrelazó los dedos con los suyos. Cuando dio un pequeño paso hacia atrás y lo miró, él se preguntó si se besarían de nuevo. Sin embargo, era puramente un pensamiento melancólico. Ellos ya habían tenido su primer y último beso, uno para soportarlo todo. Él lo sabía. Ella, él podía decir, pensaba lo mismo. Los ojos de ella se humedecieron.

Ella soltó sus manos y retrocedió otro paso.

La Estación se oscureció desde el crepúsculo hasta el gris atardecer, luego se sumergió en la paciente medianoche, alejándose alrededor de ellos.

— Está pasando, — dijo Petra, todavía cerca, pero desapareciendo en la sombra.

James asintió. Había un sonido, apagado y desmedido, profundo y bajo. Creció, se elevó alrededor de ellos, trayendo consigo una sensación de fría anticipación, de niebla y viento.

Con tranquila convicción, Petra dijo, — No te gustará cómo termina esto.

James sacudió la cabeza en la oscuridad. — Nadie sabe el final todavía.

— Tal vez no. Pero prométeme una cosa.

— Lo haré si puedo, — dijo, esforzándose por verla una última vez en este lugar que solo ellos recordarían. Estaba allí, pero apenas, solo una oscura forma de Petra contra un infinito más oscuro.

— Acepta el final, James. Incluso si la obra es una tragedia.



Ninguno de los dos habló de nuevo. El tiempo se estaba reafirmando. Estaban saliendo del otro lado del Tiempo Entre los Tiempos. Voces se mezclaban ahora con zumbido ascendente, indistinto, algunas gritando afanosamente, otras hablando con baja y animada preocupación. Se escuchaban con dulzura, extrañamente familiar, como cuando se oyen a las personas desde otro lado de una pared. A él se le tensaron los oídos, el cuerpo, mientras los engranajes del tiempo lo atrapaban de nuevo, se entrecruzaban minuto a minuto, y comenzaron a llevarlos hacia delante de nuevo.

Petra ya no estaba frente a él, aunque todavía la sentía cerca, realineándose a sí misma dondequiera y cuandoquiera que vinieran a parar.

Sentía que podía olvidar el futuro del que acababan de salir, podría deslizarse a la perfección en cualquier versión anterior de sí mismo a la que volviera. Pues instintivamente comprendió que esto no era como usar un Giratiempo... este no era su futuro que se doblaba de nuevo para volver a una memoria anterior, mientras que aún estaba esencialmente atado al futuro. Este tipo de viaje en el tiempo se desarrolló a lo largo de su propia cuerda salvavidas, desacelerándolo, regresándolo a la misma persona que había sido entonces, más joven y, en última instancia, inconsciente de cualquier futuro que acababa de llegar. Solo recordaría aquel futuro si se obligaba a concentrarse en él, a aferrarse a él como un sueño al despertar.

Había movimiento alrededor de él, como si todo el mundo estuviera rodando, oscilando, crujiendo débilmente, golpeando con pasos y voces lejanas y urgentes. El zumbido del ruido finalmente se resolvió, y James lo reconoció.

Sabía dónde estaba.

Sabía *cuándo* era.

Hubo una felicidad de alivio, incluso en medio del movimiento preocupante, el crujido y el balanceo, el ominoso gemido de truenos que se acercaban y viento que gritaba.

Porque aún no había sucedido nada. En algún lugar, muy lejos, la Bóveda de los Destinos estaba intacta. El Telar seguía girando su misteriosa e ininterrumpida historia de destino terrenal. El Voto del Secreto todavía estaba intacto, absolutamente inviolable.

Y asombrosamente, maravillosamente cerca... James lo percibió casi como si pudiera oír y sentir su corazón palpitante... era su prima Lucy.

Todavía estaba viva.





Esta no será una tormenta mágica, Barstow, el primer oficial del Gwyndemere, le había dicho a James. No como la que casi alcanzó al legendario Treus y a su tripulación...

Qué equivocado había estado al respecto.

Mientras James subía las escaleras a la oscilante nave media, reconoció la tormenta que caía sobre el barco, helando el viento, silbando a través del aparejo y las velas, gruñendo con deliberada intención. Era la maldita tempestad de Judith, implacable, todavía buscando el pago de muerte. Había perseguido a James primero a Hogwarts, y luego al cementerio, y ahora, increíblemente, lo había seguido de regreso a través de los años, a su propio pasado, al viaje oceánico del Gwyndemere, durante el tercer año escolar de James.

Recordó su olor, el súbito rugido de la violencia de la misma, a diferencia de la primera vez que la encontró, ahora lo entendía. *Siempre* había sido la maldita tormenta de Judith, buscando el pago en sangre. Había sido engañado una vez, pero solo por un tiempo. El reloj había retrocedido. James tenía la certeza de que, esta vez, no habría ningún pago escapando.

El cielo se movía por encima con una velocidad repugnante, tan oscuro y pesado como una lápida. El océano a su alrededor era un paisaje montañoso de olas plomizas, llevando el barco sobre picos que se alzaban y bajaban en profundos valles.

Recostado en la elevada silla del piloto sobre el arco, Barstow se aferraba el sombrero en la cabeza con una mano, colgándose al poste de guía con la otra. James se maravilló de todo, recordando todos los detalles en una precipitación vertiginosa... el monstruo marino, Henrietta, que impulsaba la nave, sacudiendo las olas con su cuerpo esbelto y escamoso; sus padres y parientes en los aposentos del capitán bajo la popa, esperando la tormenta mientras Merlín observaba agudamente, sabiendo que algo portentoso estaba en marcha; y Petra de pie sobre la cubierta de arriba, con el vestido y el pelo azotados por los vientos del vendaval, sus ojos tranquilos pero misteriosamente

abatidos, atormentados por los sueños de su hermanastra Izzy, ahogándose a muerte, asesinada por un trato de amor perdido y de desesperanza.

La Petra de aquel tiempo no entendía que, de hecho, estaba infectada por los sueños de su gemela dimensional, Morgana, para ser desatada pronto en un mundo que no era el suyo.

Pero esta versión de Petra *sí* lo entendía.

James se giró y trató de correr por los escalones de la nave media hasta la popa. El barco osciló, lo hizo tropezar. Se lanzó hacia el barandal y avanzó a tientas hacia la cubierta.

Petra estaba allí, igual que antes, de espaldas a él, sus manos descansando tranquilamente sobre la barandilla que se arqueaba alrededor de la popa. El cabello le azotaba y se movía con cintas sueltas. Su vestido gris se agitaba sobre sus piernas como una bandera.

—Petra, —James llamó, alzando la voz sobre la tormenta.

Ella se volvió para mirarlo, y él se detuvo en su lugar, su corazón golpeando en su garganta. Era mucho más joven de lo que recordaba. Y sin embargo, su rostro en blanco, sus ojos obsesionados, la hacían parecer mucho más mayor que incluso la Petra en el Tiempo entre los Tiempos. Ella lo miró solo brevemente, con una simple mirada de soslayo sobre su hombro, y luego, sin decir una palabra, giró a la tormenta furiosa y a las olas montañosas. El barco se balanceaba en ritmo lento y precipitado, como un enorme péndulo que divide el tiempo en momentos menguantes.

James se enfrentó a la cubierta inclinada y se unió a ella en la popa, agarrándose a la barandilla por sí mismo. Estaba fría y húmeda. En algunos momentos, si las cosas no cambiaban, Petra sería arrojada por encima de ella, barrida por el mástil que caía y sus flancos en movimiento.

—Debemos bajar de las cubiertas, —dijo, alzando la voz sobre el viento y mirando a un lado. Ella tenía la misma altura que él en este período de tiempo. Sus cabellos revoloteaban alrededor de su cara, ocultando sus ojos. Al igual que la última vez, no hizo ninguna señal de consentimiento o acuerdo. Pero ella puso su mano sobre la suya, cubriéndola. Ya sea dando o tomando consuelo, no había manera de saberlo.

—Petra... —volvió a llamar, intentando que lo mirara.



—Ella está ahí afuera, —respondió Petra, sin apartar la mirada de las olas. Cada una de ellas tenía una altura casi montañosa, empujando el barco, coronada con crestas blancas que se esfumaban en los vendavales.

James miró hacia fuera y hacia arriba en la topografía del océano constantemente cambiante. Asintió. —Siempre lo fue, ¿no? Después de todo, el agua es su medio. Ella era las olas y la lluvia. Nos siguió todo el camino, esperando su tiempo, mirando, esperando su momento. No podemos dárselo. Necesitamos bajar, Petra. Ahora mismo.

—Lucy sigue viva aquí, —Petra asintió, ignorándolo. —Si lo hacemos bien, no tendrá que morir de nuevo. Nada de eso tendrá que suceder.

Un escalofrío recorrió la espalda de James, lo dejó helado. Tocó el codo de ella. —Odin-Vann se escapó con su plan, —dijo. El viento golpeó sus palabras, trató de robarlas. —Él dijo que la única manera de cambiar el pasado era encontrar algo que casi sucedió de manera diferente, para asegurarse de que pase. Creo... que quieren verte caer de la parte trasera de la nave, morir, como casi lo hiciste la primera vez. Entonces, Odin-Vann se hará cargo de Judith como huésped en este mundo.

Petra volvió a asentir lentamente, con los ojos todavía asombrosamente claros mientras miraba por encima de la tempestad, evaluándola. —Será más débil con él como su huésped, más de lo que era cuando Izzy y yo fuimos sus hermanas parcas. Ella lo sabe. Es una criatura que está fuera del tiempo. Su futuro, el yo moribundo ha informado a su pasado, al yo vibrante. Donofrio no multiplicará su poder como lo hicimos nosotras. Pero tampoco se opondrá a ella. Donde Izzy y yo la desafiábamos y la quebrábamos, *él* se someterá y se inclinará ante ella. Eso es lo que importa para Judith ahora.

—Petra, —James dijo, usando su nombre como un talismán, tratando de despertarla a la acción. —¿No lo entiendes? No podemos dejar que *ganen*. Me impedirán salvarte de alguna manera.

Petra sacudió la cabeza. —No creo que lo hagan. No creo que tengan que hacerlo. —finalmente, se volvió hacia él. Sus ojos estaban misteriosamente muertos. —Eras tan maravilloso, James. Tan dulce y galante. Fusionaste tu amor a mi poder, nos conectó. Todavía estamos conectados aún. Puedo sentirlo. El hilo entre nosotros ha estado allí desde entonces. Me salvaste esa vez.

—¿Esa vez...? —preguntó James, aunque tenía la sensación de que sabía exactamente lo que quería decir.

—Ella será menos poderosa con Donofrio como su huésped, —Petra asintió, sus ojos desenfocados, volviendo hacia atrás sobre las olas. —Merlín será capaz de derrotarla. O



tu padre. O incluso tú, tal vez. Nada de esto tendrá que suceder como fue. El Telar roto. La muerte de Lucy. La Noche de la Revelación. La Red Morrigan...

James sacudía la cabeza firmemente, alarmado. —¡Pero Odin-Vann ni siquiera te siguió de vuelta en el tiempo! —insistió él, extendiéndose para tomar la mano de Petra, para sacudirla de su fuga fatalista. —¡Ni tampoco Judith! ¡Tú y yo fuimos los únicos que pasamos por el portal!

Ella parpadeó a su lado, como si estuviera sorprendida de que él todavía no lo captara. —Yo era la única que *necesitaba* regresar, James. ¿No lo ves? Los orígenes de Judith están fuera del tiempo. De alguna manera vaga, ella está siempre en el pasado y en el presente. Es su injusta ventaja. Y Donofrio ya existe aquí. Seguramente ya lo encontró en esta línea de tiempo, lo preparó, envenenó su mente ya rota con delirios de poder y venganza. La versión de él que conociste nunca lo será. Un nuevo Donofrio Odin-Vann surgirá de este momento cambiado.

Miró a James una vez más, asegurándose que él viera la convicción en sus ojos, aunque manchada de pesar. —Solo necesitaban que *yo* regresara en el tiempo, James, porque *soy* la que hará el cambio. Debería haber muerto la primera vez que pasamos por esta maldita tormenta. Me salvaste. Pero deberías haberme dejado ir. *Tienes* que dejarme ir. No puedo dejar que interfieras esta vez.

—¡Es una locura! —exclamó James, casi gritando ante el viento que soplaba y llovía. —¡No puedes darles lo que quieren! ¡No puedes simplemente rendirte!

—*No* me voy a rendir, —dijo Petra, con la voz firme, los ojos endurecidos. —Esto es lo más cruel de todo para mí, ¿no lo ves? *No quiero* morir. ¡No quiero dejar a Izzy! ¡Es incluso peor que cuando pensé que solo era regresar a la dimensión de Morgana! Pero esto es lo que *debería* haber sucedido. ¡Tan solo es mirar las cosas terribles que ocurrieron como resultado! ¡Esta vez, sin mí para ampliar su poder, Judith será derrotada! Merlín la destruirá, asistida por ti y por todos los demás que se unirán a él. Sabes la verdad de todo esto, James. Tienes que decírselo a ellos. ¡Debes hacerles creer y actuar! Este es tu deber.

—¡No! —James lloró con firmeza, tomando a Petra por los hombros, girándola hacia él. —¡Baja de las cubiertas conmigo! ¡No puede ser así!

—Siempre te has preguntado, —meditó Petra pensativamente, estudiando su rostro, —cuando invocaste la misma Magia Profunda que tu abuela hizo para salvar a tu padre, cómo fue que no tuviste que morir, como lo hizo ella. Después de todo, el pacto de amor es una fuerza de sacrificio. Pero ahora sabemos la respuesta, ¿no? El trato no había terminado. La Magia Profunda no requirió tu muerte porque sabía

que volveríamos aquí de nuevo. El trato era solo un respiro. Y ahora, el círculo se completará.

Levantó las manos y tomó las de él, quitándolas de sus hombros. Ella se apartó y se giró hacia la tempestad. Él la alcanzó de nuevo, y se encontró que no podía tocarla. Ella lo retenía con su mente, erigiendo una sutil fuerza alrededor de sí misma.

—¡Todo es una mentira, Petra! —dijo desesperado. Ella no miró hacia atrás. Un relámpago resplandeció sobre las olas, apuñalando, buscando su objetivo. El trueno llenó el mundo.

James trató de centrarse en Petra a través de la cinta que los conectaba. Percibió el poder entre ellos, pudo ver virtualmente el pulso del hilo plateado en el aire entre sus manos. Pero ella lo estaba excluyendo.

Estaba comprometida.

—¡Cada pacto que han hecho contigo se basó en pagar un precio imposible e injusto, Petra! —gritó, esforzándose por ser escuchado por sobre el trueno y el viento. —El Guardián trató de hacerte matar a Lily. El Linaje de Voldemort quería que mataras a Izzy. Odin-Vann dijo que tenías que *matarme*. Siempre es el mismo trato, el mismo costo terrible. ¿Y qué obtienes por ello? ¡Nada más que un alma manchada y burlonas sombras! ¡El costo supera los beneficios! ¡Es solo oro leprechaun, desvanecido por la mañana! ¡El trato de la muerte es *siempre* una mentira! ¡Y esta vez es la mentira más grande de todas! Judith finalmente te ha convencido de que la persona que tienes que matar... ¡es a ti misma!

Se negó a mirarlo. Tenía la espalda recta, los brazos fijos en los codos, extendidos para agarrar la barandilla, apretándola, esperando lo inevitable. Su cabello se agitaba en el viento como una corona negra. El relámpago era casi constante ahora, acompañado por un cañonazo de trueno sin fisuras.

Al ver lo inevitable ahora, James afirmó su voz, levantó la barbilla y dijo, —Judith matará a Izzy primero.

Los hombros de Petra se tensaron como si la hubiera golpeado.

Continuó, amargamente. —Cuando estés muerta, la conexión se romperá. Judith ya no necesitará a Izzy, y no estarás ahí para protegerla. Tal vez tengas razón, y al final Merlín *derrotará* a Judith. Pero ella matará a quien sea antes de que eso suceda. Izzy será la primera, porque ella sabe la verdad. Voy a ser el siguiente en su lista. Voy a luchar, pero ¿quién soy comparado con ella? Me matará con apenas un segundo pensamiento. Todo porque has renunciado.



—¡No lo hagas! —gritó Petra, con la voz por encima del hombro, estridente al viento. —¡James, *no lo hagas!* ¡*Tengo* que hacer esto! ¡No lo hagas más difícil!

—¿Te acuerdas de cómo murió Lucy? —preguntó James, sin detenerse, dando un paso más cerca, todavía hablando a la espalda tensada de ella. —Murió protegiendo a Izzy. Hará lo mismo de nuevo esta vez. Sabes que lo hará. Cuando Judith venga por Izzy, Lucy se interpondrá en su camino, tratará de detenerla. Ella fallará, y Judith la matará de nuevo. La historia encuentra una manera de *seguir sucediendo*. Puedes cambiar la historia más grande, si tenemos mucha suerte. ¡Pero las pequeñas cosas todavía encontrarán una manera de pasar como lo hicieron la última vez!

—¡PARA! —gritó Petra, y giró para mirarlo, con los ojos más vivos y agudos de los que él había visto durante todo el diálogo.

Un relámpago iluminó el mundo, lanzándose hacia abajo y ardiendo sobre la popa del Gwyndemere, donde golpeó el mástil en popa, justo detrás de James. La base del mástil explotó en astillas. James las sintió pellizcarle contra su espalda, se pegaban en su camisa húmeda. El estremecimiento de la fuerza sacudió la cubierta. Un agudo crujido llenó el aire y las cuerdas se estremecieron, saltaron y se soltaron cuando el mástil empezó a caer. James no se giró para mirar, incluso cuando sintió que el peso se acumulaba sobre él, sumiendo a la popa a una oscuridad más profunda bajo su sombra.

Los ojos de Petra brillaron hacia arriba. —¡*James!*—gritó alarmada, y actuó aparentemente sin ni siquiera pensar. Apretó sus dos brazos en el aire, con las palmas de las manos, y una palpable ola de poder se disparó de ellos, deteniendo el movimiento del mástil que se derrumbaba. La cubierta se separó bajo los pies de Petra, aplastándose hacia adentro mientras apoyaba el peso del mástil, amortiguándolo con pura fuerza invisible.

James podía sentir el poder estrechándose entre él y Petra, calentando su mano, haciendo que sus rodillas temblaran como si acabara de correr una milla.

Con delicadeza, concentrándose furiosamente, Petra volvió a dirigir el mástil que caía, lo inclinó junto a la popa y luego lo dejó caer nuevamente, esta vez con seguridad fuera del lateral. El barco se estremeció cuando el peso roto se estrelló, rodó por encima de la barandilla, hundió su punta en las olas, donde se rasgó, se rompió y se sumergió en la corriente.

James se volvió hacia Petra, con los ojos muy abiertos de sorpresa, su mente temblando ante este repentino e inesperado cambio de acontecimientos.



—Te agachaste la última vez, —Petra explicó débilmente, retrocediendo contra la barandilla, mojada y moviendo la cabeza. Sus hombros se encogieron como si empezara a sollozar. —Lo esquivaste, dejaste al mástil golpearme solo a mí.

James corrió hacia ella, agarró su hombro, temiendo que pudiera todavía inclinarse hacia atrás sobre el lado, caer a las olas que subían por debajo.

Ella no sollozaba. Se estaba riendo. Era un sonido débil, indefenso, pero genuino. —Eres un insufrible, noble, obstinado y valiente necio, —dijo, y se apoyó en él, todavía temblando de diversión. —Estabas tan decidido a salvarme que ni siquiera te moviste para salvarte.

James sonrió, disfrutando nerviosamente del sonido de la frágil risa de Petra. —Entonces, me salvaste. ¿Eso significa que... estamos a mano?

Petra levantó la cabeza para responder, mirando a James en los ojos, incluso cuando la lluvia empezó a caer en serio.

Un ruido sonó cerca. James recordó. Cuando el mástil había caído la última vez, algunos de los marineros habían subido para investigar. Sin embargo, no recordaba que vinieran tan rápido.

—No ha terminado, —dijo Petra, tensándose y volviendo a ponerse seria. —Ella no dejará esto fácilmente.

La puerta del lateral de la cocina se abrió de golpe, acompañada por el sonido de pisadas tropezando. No fue un marinero que emergió. En vez de eso, un joven larguirucho salió corriendo de la entrada de la cocina, deteniéndose en una barandilla cercana. Se empujó rápidamente en posición vertical, blandiendo una varita en una mano, empujando su pelo de su cara con la otra, mirando alrededor frenéticamente.

Era Donofrio Odin-Vann, pero no como James lo conocía. Esta versión del futuro profesor parecía apenas saliendo de su adolescencia, más pequeño y más desgarbado, el grueso fajo de su pelo más largo, grasiento y lánguido en su frente.

—Se mantuvo lejos, —dijo James con oscuro asombro, su voz casi perdida en el viento tempestuoso. —¡Estuvo en el barco todo el tiempo!

—En realidad, no fue así, —dijo Petra, bajando la frente al recién llegado. —Al menos, no la primera vez. Este es un evento cambiado.

—¡Petra! —Odin-Vann tartamudeó, claramente sorprendido de encontrarla allí. Su voz era más alta de lo que James recordaba, agrietada por el desuso durante sus días



escondido. Lanzó su mirada alrededor de la cubierta húmeda llena de astillas, al mástil de popa que faltaba. —¡Estás... todavía aquí! Pero, ella dijo...

—¿Quién dijo, Don? —Petra preguntó tímidamente, inclinando la cabeza, sus ojos estrechándose.

Intentó enderezar su mata enmarañada, para recuperar y enmascarar su sorpresa. —Tu, um, amiga. Ya sabes. La Dama. Ella dijo... dijo que tú y ella estaban muy cerca. Pero dijo que lo *querías* así. Espero que no hayas tenido ningún tipo de... —golpeó y miró a su alrededor-, —¿caída?

Petra sacudió la cabeza lentamente. Parecía atrapada entre la creciente ira y la triste pena. Resignada, preguntó, —¿Qué te dijo, Don?

Volvió a tragar saliva y miró a su alrededor, con los ojos hinchados por las montañas de agua, la temblorosa y mágica tormenta. —Ella dijo... dijo que la llamaste al mundo, pero que yo podría tomar la carga por ti, —gritó con voz alta sobre el viento. —Yo la recibiría y obtendría su poder a cambio. Todo el poder que siempre quise, porque ella es una especie de... de *diosa*. Yo sería su nuevo patrocinador en la tierra. Y entonces me daría la fuerza para... para...

Volvió a mirar a Petra, parpadeando rápidamente, aparentemente renuente a continuar.

Petra dijo, —El poder para vengarse de todos los que se burlaron de ti y te intimidaron. Más aún, el poder de nunca ser burlado o intimidado nunca más.

—No me odias, ¿verdad, Petra? —preguntó el joven con seriedad. —Siempre me entendiste. Siempre nos apoyamos...

Sacudió la cabeza de nuevo, con tristeza y revelación. —Nunca te conocí en absoluto. ¿Verdad?

Odin-Vann hizo una mueca. —¿Alguien conoce realmente a alguien?

James vio con frustrante consternación que este joven no era todavía el manipulador cerebro intelectual al que llegaría a ser. Y sin embargo estaba claramente envenenado con delirios de poder y fantasías de venganza, más peligroso por su desesperación que por su poder o intelecto. James solo esperaba que Petra entendiera lo mismo.

—Te has hecho un tonto, Don, —Petra suspiró, confirmando esto. —La Dama del Lago no te ayudará. Solo te usará. Eso es lo que hace. Usa, manipula y miente. Y luego, cuando haya terminado, mata.



El joven Odin-Vann asintió un poco y una sonrisa tentativa se curvó en sus labios. —Ella dijo que eso es lo que algunos dirían. Pero también dijo que estarías encantada de ser relevada de la carga de ser su hospedadora. No sé cómo la convocaste al mundo, pero sé que ya no quieres esa responsabilidad. Vamos a ayudarte a dejarla ir.

Aquí, los ojos del joven Odin-Vann se volvieron hacia James, entrecerrándolos con una sonrisa disimulada. —Y este es el joven Señor Potter, ¿verdad? La Dama me habló también de *ti*.

James sentía cólera en él. Sacó su varita sin ni siquiera pensar. —Te golpeé una vez, —dijo con férrea convicción. —Y puedo hacerlo de nuevo.

—Me golpeaste, ¿tú? —Odin-Vann respondió rápidamente, como si estuviera moderadamente impresionado. —No me acuerdo de eso. Pero he sido golpeado por tantos. Golpeado, y burlado. Pero pronto, la burla se detendrá. Incluso la tuya, Sr. James Potter. Espero que hayas disfrutado de tu única victoria. Creo que será la última.

La confianza en su voz era desconcertante. Una fracción de segundo, demasiado tarde, James se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. El joven polizón lo distraía a él y a Petra, manteniéndolos hablando, molestándolos y ocupándolos por su propia razón vil.

James se giró hacia el furioso océano detrás de ellos.

Un tentáculo de agua helada lo hizo volar hacia atrás, lo golpeó contra la cubierta con tanta violencia que perdió el sentido de la dirección, solo supo de un perverso movimiento, la súbita y repentina estridente risa, y una sacudida de dolor al golpear una superficie dura, aplastante a través de ella, que se estrellaba en la oscuridad.

—¡No has desempeñado tu papel, querida hermana! —la voz de Judith gritó, radiante de buen humor, horriblemente vibrante. —Pero no importa. ¡*Recuerdo* cómo se *supone* que va la historia!

James trató de encontrar su equilibrio. Se deslizó y tropezó con trozos rotos de algo, una mesa y sillas, aplastadas por su paso a través de la pared de la cocina. El viento frío y las nieblas de hielo batieron a través de la oscuridad, empujándolo hacia atrás, obligándolo a presionar contra la fuerza.

Petra no respondió a la burla de Judith. En cambio, las vibraciones de violencia sacudieron el barco, lo golpearon mientras se balanceaba sobre las olas. James se arrastró hacia delante, cortándose las manos con cristales rotos, sin sentirlo. La pared rota de la cocina se alzaba delante de él, revelando un aluvión de magia y movimientos



agitados y acuosos. Odin-Vann estaba allí, pero se encogía de terror, retrocediendo, levantando las manos.

James se dio cuenta, en algún nivel débil y lejano, que no solo la fuerza explosiva del enfrentamiento de Petra y Judith lo estaba empujando hacia atrás. Sus brazos y piernas temblaban de debilidad. Su visión palpitaba con oleadas de gris. Podía sentir el drenaje mientras Petra se alejaba de él, sacando fuerza como agua de un pozo profundo. El cordón entre ellos resonaba como un pulso.

Era su batería. De alguna manera, él la almacenaba y le mantenía su poder ahorrado.

Se obligó a ponerse de rodillas y trepó a través de la pared destrozada. La tormenta rugió más fuerte que nunca, formando un torrencial telón de fondo para la batalla.

Judith estaba en su mejor momento, James vio. Hermosa y terrible, su pelo rojo suelto y volando en olas, sus ojos resplandecientes de fuerza, sus dientes desnudos en una sonrisa feroz. Embistió a Petra, lanzando una nube de flechas heladas. Petra se agachó y se cayó, extendiendo ambos brazos y levantando un escudo reluciente, eliminando el ataque de Judith.

Unas pisadas resonaron y golpearon las escaleras de la parte media del barco. Dos marineros aparecieron en babor; Merlín y el padre de James a estribor.

Odin-Vann se giró a mirar a los recién llegados, con sus ojos salvajes y aterrorizados. Tenía la varita en el puño, pero no disparó. En cambio, se dejó caer y se cubrió la cabeza con sus flacos brazos, lloriqueando.

—¡Alto! —gritó Merlín, su voz resonó en medio de la tormenta.

Judith le lanzó una mano, convirtiéndola en una bola de hielo. Golpeó al director, haciéndole rodar hacia atrás en Harry, ambos golpeando y bajando de nuevo las escaleras.

—Cuanto más te me resistas, hermana, —exclamó Judith, renovando su ataque contra Petra, —más de tus amigos morirán. Pobre Merlinus, no es ningún contrincante para mí aquí en el océano. Su fuerza es el verde de lo salvaje. ¡Soy el azul de las profundidades! ¡Lo aplastaré como un escarabajo!

—¡No! —gritó Petra, bajando la voz a una orden furiosa. Plantó los pies, las rodillas dobladas y disparó ambos puños, izquierdo y derecho. Mientras lo hacía, una onda de choque de fuerza se alejó de ella en todas direcciones.



La mente de James se puso gris. Empezó a desmoronarse en la cubierta, completamente socavado de fuerza.

Pero la cubierta de repente se sacudió debajo de él, arrojándolo a un lado y esta se separó con fuerza hacia la proa. Un crujido masivo y astillado sacudió el barco, ya que parecía que se detenía en el agua. James rodó y se deslizó sobre los tablones barnizados, acercándose de nuevo a la pared rota de la cocina, con la cabeza dando vueltas.

—¡El Tridente de Neptuno! —exclamó una voz... una de los marineros... sin aliento y conmocionada.

Vertiginosamente, James acercó sus manos y rodillas, empujó contra el mamparo inclinado de la cocina, y volvió hacia la barandilla de estribor.

No estaba completamente preparado para la vista que encontró.

Las olas de más allá parecían una fotografía Muggle, repentina y completamente congeladas en su lugar, sorprendidas como un relámpago. Sus picos brillaban como dagas de cristal, sus depresiones estaban inclinadas con el profundo azul, perfectamente quietas, como una fracción de segundo en el tiempo.

Con una conmoción de sorpresa y asombro, James vio que el Gwyndemere estaba inclinado hacia babor, encerrado en una isla en expansión de un océano congelado. Incluso mientras miraba, otros picos del océano crujían en la quietud, superados por el hechizo helado y expansivo de Petra.

Los ojos de Petra brillaban como dos soles gemelos.

—No volverás a tocar a nadie en este barco, —comentó con voz fría. Señalando esta orden, golpeó hacia fuera con ambas manos.

Su ataque fue una ola de fuerza que visiblemente dobló el espacio alrededor de ella. El rayo se conectó con Judith en un instante, lanzándola de espaldas, haciéndola explotar a través de la cubierta y la barandilla detrás.

—¡Petra! —replicó el padre de James, trepando de nuevo por la escalera inclinada, Merlín luchando erguido detrás. Pero Petra ya estaba saltando para seguir a su némesis por el lado inclinado de babor, aterrizando en una pendiente de hielo.

—¡Quédense en el barco! —dijo ella. —¡La mantendré alejada y ocupada! Cuando puedan navegar de nuevo el barco, ¡vuelen! ¡No miren hacia atrás!



La tormenta seguía rugiendo, ahora aullando y silbando sobre las heladas montañas de hielo, hilando sus crestas en brillantes arroyos de nieve. La lluvia caía, resbalando en helados abismos, congelándose en carámbanos desde los picos.

Judith se echó a reír con fuerza desde los abismos resonantes.

—¡Ven a encontrarme, Hermana!

El hielo retumbó. Las grietas aparecieron alrededor del Gwyndemere, desestabilizándolo. El agua negra burbujeó y brotó a su alrededor. El hechizo de Petra ya se debilitaba.

James sacó su varita, observando impotente cómo Petra alcanzaba el fondo de la ola helada y se lanzaba a una carrera, buscando al monstruo riendo más adelante. Pensó en unirse a ella, pero sabía que no servía de nada. No podía ayudarla más de lo que podía levantar la nave con sus propias manos.

Y entonces alguien lo empujó desde atrás, con las dos manos plantadas en la mitad de su espalda, lo suficientemente duro para propulsarlo directamente sobre la barandilla.

—¡James! —su padre gritó alarmado, pero el sonido ya estaba disminuyendo, amortiguado por la distancia mientras él volteaba en el aire, aterrizaba con fuerza en su espalda y caía por la pendiente rocosa de una ola helada. Los hechizos encendieron la lluvia torrencial en tonos destellantes. Voces gritaban.

James jadeó para recuperar el aliento. Su cuerpo entero dolía y se estremecía, tanto con frío, humedad y debilidad. Estaba tendido en la sombra del casco bloqueado de hielo del Gwyndemere, mirando a un lado al timón medio enterrado, ahora encerrado en una gruesa capa de hielo.

Otra figura resbaló y trepó por la helada ola, casi cayendo sobre él.

—Ella te querrá para esto, —la figura jadeó a través de los dientes apretados. Era el joven Odin-Vann. Lo alcanzó, trepó sobre James, y sacó la varita de su mano.

—¡Ven! —ordenó, agarrando a James por la tela de su camisa y arrastrándolo a sus pies.

Los hechizos caían desde el barco, compitiendo con el destello de un rayo enojado.

—¡Alto! —una voz gritó desde arriba, apenas oída por el viento rasgado y por la lluvia. —¡Lastimarás a mi hijo! ¡Debemos ir tras ellos!

James trepó después de Odin-Vann, sin equilibrio, tirando del agarre despiadado del joven. Treparon a través de un riachuelo de hielo, de un azul más oscuro y profundo. Delante de ellos, James intuyó que Judith y Petra aún luchaban, justo en torno al pico montañoso más cercano. Sintió el drenaje de poder mientras Petra luchaba frenéticamente para igualar la fuerza principal de Judith. No funcionaba. Sintió la desesperación de ella, el vacilante temblor de su fuerza.

El elemento de Petra era la ciudad, después de todo. No podía igualar a Judith más que Merlín.

Detrás de James y Odin-Vann, el abismo de hielo se quebró, palpité y apareció una grieta enorme y astillada. El agua hervía, subía por los canales de las olas heladas. James se giró para mirar atrás, todavía tropezando con el apretado agarre de Odin-Vann.

El Gwyndemere se estaba liberando del campo de hielo destrozado, incluso cuando las figuras de la cubierta intentaron bajar, para perseguir a James y a Odin-Vann. Mientras observaba, el barco se deslizó a estribor, agrietándose lejos de su cama helada, cortando cualquier persecución.

Petra no podía mantener el hechizo de hielo. Había usado la última reserva de su fuerza para obligar a Judith a alejarse de la nave, para salvar a los que estaban a bordo. Eso, al menos, parecía haber funcionado, aunque solo por un momento.

El hielo retumbó bajo los torpes pies de James. Odin-Vann casi se cayó, pero mantuvo su puño en la camisa de James, empujándolo hacia adelante, en el aullido de un valle de hielo oscuro.

Petra estaba allí, mirando a Judith al otro lado del barranco. Su magia encendía las brillantes paredes, reflejadas en el fondo del hielo como prismas. Petra estaba retrocediendo torpemente, protegiéndose, pero ya no lanzaba ningún ataque por su cuenta.

Judith era como una dínamo. Arrojaba chorros de luz cegadora primero de una mano, luego de la otra, caminando hacia delante, todavía sonriendo, empujando a Petra más y más hacia atrás, hasta que no quedara ningún lugar a donde ir.

James le gritó, pero Odin-Vann lo tiró hacia adelante, lo arrojó sobre el húmedo hielo y le dio una patada en el costado.

—¿Cómo te sientes? —el joven estaba furioso. —¿Ser el *débil*? ¿Ser el que está a punto de ser *golpeado*!?



—¡Detente! —gritó Petra, girándose de Judith a Odin-Vann. En el momento en que su atención fracasó, sin embargo, Judith atacó con sus brazos de tentáculos de hielo. Golpeó a Petra hacia atrás violentamente, azotándola contra la pendiente de una ola grande y helada. El espectro de agua levantó sus brazos como un garrote y golpeó a Petra de nuevo, hasta que ya no intentó levantarse. Petra cayó hacia atrás, con el pelo pegado a la frente, colgando en cintas mojadas. Su pálida cara y sus brazos eran las únicas cosas visibles en la penumbra.

—Usa la varita del muchacho, —dijo Judith, hablando con Odin-Vann pero sin apartar los ojos de la figura de Petra. —Que sea su último pensamiento antes de que el agua se los trague a los dos.

—¡No...!—James empezó, pero Odin-Vann lo pateó de nuevo, lo suficientemente fuerte como para sacar el aliento de sus pulmones. El joven era como una persona poseída, enloquecida y cegada por la venenosa avaricia. Caminó hacia delante, levantando la varita de James en su mano, observándola.

James trató de levantarse, lanzarse hacia adelante y echarse sobre el hombre enloquecido. Pero sus brazos temblaban de fragilidad. Apenas podía impulsarse sobre los codos, levantar la cabeza para mirar. Sentía el agotamiento mortal de Petra, compartiéndolo con ella. Y sin embargo, incluso ahora, la cuerda entre ellos se agitaba, invisible pero potente, haciéndolos uno.

—Puede ser difícil para ti, —dijo Judith, su propia voz raspando de codicia. Levantó la barbilla y retrocedió un paso. —Pero Petra no tiene nada para vivir. Independientemente de lo que diga, ella *desea* esto. Desea morir aquí, hundirse en las profundidades, ser reclamada por la derrota. Es lo que el destino exige. Hazlo. Sálvala de sí misma.

La lluvia caía en el desierto helado del océano. La tormenta rugía, aun fortaleciéndose. El trueno sacudió el hielo bajo James. El agua burbujeaba a través de las grietas.

El puño de Odin-Vann tembló al estirar la varita de James hacia Petra, mirándola cuidadosamente. Pero incluso desde su posición en el hielo, viéndose indefenso desde diez pasos de distancia, James vio que no era un arrepentimiento lo que hacía que el brazo del joven se estremeciera. Era una *anticipación*. Finalmente estaba viviendo la fantasía que había albergado durante tantos años, para dominar y destruir a los que se le oponían. Petra había sido su confidente, su único consuelo. Pero al final no era más que un obstáculo para el verdadero poder. La mataría y se maravillaría con el sentimiento de aquello... de quitarle la vida a una joven que había llamado amiga... simplemente como pago para convertirse en el nuevo



huésped de Judith, por el inmenso poder que su mente mezquina y deshecha había anhelado tanto tiempo.

Petra empezó a levantarse. Era una lucha. James podía sentirlo, transmitiéndoselo a través del cordón invisible.

—Don, —dijo, y alzó una mano hacia él, como pidiendo su ayuda.

—*Avada Kedavra*, —gritó con voz ronca, pareciendo casi saborear cada sílaba.

La varita de James estalló en verde. El chisporroteo del rayo, afilado como una aguja, destelló en los abismos de hielo y en las cortinas de la lluvia con luz esmeralda sobrenatural.

El hechizo golpeó a Petra justo debajo de su garganta. La volvió a maldecir de nuevo, golpeándola contra el hielo lo bastante fuerte como para hacer que su cabeza se sacudiera, su pelo húmedo cayera sobre sus ojos abiertos y astutos. La mano que ella había levantado retrocedió sobre su pecho, y luego se dejó caer a su lado, donde permaneció de repente inmóvil, horriblemente quieta.

Estaba muerta.

James podía sentirlo. La cuerda seguía allí entre ellos, conectándolos mano a mano, de alma a alma, pero en ese instante su longitud había desaparecido completamente, finalmente oscureciéndose.

James gritó. El sonido fue bestial, completamente despojado, vacío de palabras. Vacío sus pulmones completamente y luego pareció incapaz de respirar. Tenía el pecho tenso, apretado por el impacto, la pérdida y el horror. Ya no notó a Odin-Vann mientras tomaba la varita de James con ambas manos, la partía y la tiraba. Apenas se dio cuenta cuando Judith se acercó al cadáver de Petra, se agachó y sacó el broche de piedra lunar de su jersey, sonriéndole en su mano antes de sujetarlo a su propio traje, reclamándolo como un trofeo presumido de triunfo.

¿Cómo es esto posible?, la mente de James enfurecía. *¡Petra tenía un Horrocrux!*

Solo que ella no lo hizo, por supuesto. No en *esta* línea de tiempo. Había viajado a su yo anterior, pero la oscura magia del Horrocrux no la había acompañado. Aquí, ella todavía no lo había creado.

Y ahora nunca lo haría.

Juntos, los dos asesinos se alejaron a tientas en la oscuridad, la diosa del caos con su nuevo huésped humano, dejando que el último conjuro de la hechicera Petra se

agrietara y se separara detrás de ellos, derritiéndose, dentro de poco dejando caer su cadáver hasta las profundidades, reclamado por las mismas olas que ella y James habían engañado una vez.

Y James pronto seguiría. Solo una víctima más en el mar, perdido para siempre.

Pero ya no se sentía débil. Sin Petra convocando el poder que había recogido para ella, su propia fuerza regresó.

A raíz de todo, esto parecía una burla. Un oscuro insulto.

Se sentó en la penumbra baja, incluso cuando el hielo se agrietó alrededor y el agua se deslizó a su lado. Levantó la mano y la miró. La cuerda era visible como un resplandor de color lunar, ya sin mancha de ningún rastro carmesí. El hilo volvió hacia el cuerpo de Petra.

El poder, la misma esencia de ella, seguía con él, abandonado, aunque inútil.

Pero... ¿cómo era eso posible?

De alguna manera, a través de algún encantamiento que apenas había entendido, él le había servido de batería. En una ocasión, él había usado su poder almacenado. Y ella lo había sacado de él, hasta el final, a través del cordón que los ataba.

Después de todo, el poder de Petra era la ciudad. No había ciudades aquí, en medio del océano. Aquí, ella había estado en su momento más débil.

Pero James había estado en muchas, muchas ciudades desde que él y Petra se habían unido. Había estado en Nueva York y Nueva Ámsterdam. Londres y Filadelfia. Había pasado semanas con Charlie en Brasov y casi un mes de vacaciones en El Cairo con sus padres. Mientras recordaba, incluso ahora, podía contarlas, ciudad tras ciudad. Docenas de ellas. Su poder se había acumulado en su interior, creciendo a cada hora, casi ilimitado, todo guardado...

Y todo en última instancia sin usar.

Porque solo había tanto poder que Petra podía sacar a través del hilo invisible entre ellos. Lo había acumulado, inconscientemente, incapaz de sondear sus profundidades por sí mismo, pero sin soltárselo a Petra.

Porque, simplemente, se había negado a dejarla ir.

Déjame ir, James, le había pedido, le había rogado, cuatro años antes.

Pero no podía. Se había sostenido a ella en cambio, dividido su poder entre ellos, porque no podía soportar renunciar a ella.

Se puso de pie, se estabilizó en la superficie helada. La tormenta rugió por todas partes, lo zarandeó con ráfagas de viento y lluvia torrencial, arrastrándolo con avidez. No sintió nada de eso.

Se movió hacia el cuerpo de Petra, se sentó a su lado y tomó su mano. Hacía frío. Quería llorar por ella, pagar con lágrimas por la pérdida, pero de alguna manera no podía. Su pena se sentía incluso más allá de las lágrimas.

El océano helado se agrietó y se quebró a su alrededor. Sintió el resto de los témpanos flotantes bajar y agitarse sobre las olas.

—Lo siento, Petra, —dijo, sujetando su fría mano. —Probablemente es demasiado tarde ahora. Pero finalmente lo estoy haciendo. Estoy haciendo lo que me pediste. Te estoy dejando ir.

Cerró los ojos y concentró sus sentidos interiores en el cierre de sus manos. Localizó el punto en el que su palma empujaba el poder entre las suyas, uniéndolos, conectándolos desde aquel fatídico momento en la popa del Gwyndemere.

Déjame ir James...

Y lo hizo. La dejó ir.

La liberación de su poder fue una sensación palpable. Salió de él primero como una cinta de viento suave, y luego como una corriente de agua, y después aumentando a algo como un río apresurado.

Comenzó a doler, a tensarse como músculos flexionados más allá de su límite. Pero también había una sensación vertiginosa de liberación, como bajar una enorme carga que uno se había olvidado de que incluso estaba llevando. Y aun así el poder fluía fuera de él, más rápido y más duro, creciendo como una fuerza titánica, como cada cascada en el mundo forzada a través de una manguera del tamaño de James.

Su cuerpo temblaba. Se estremeció de la cabeza a los pies tan fuerte, que sus ojos parecieron vibrar en sus órbitas. Trató de respirar, pero tenía la garganta cerrada. Sus dedos se curvaron en puños indefensos. Su mano derecha apretó la mano fría de Petra, su izquierda clavó las uñas en la carne de su palma.

Días, semanas y meses de energía almacenada rugían de él, cada momento que había pasado en las muchas metrópolis, empapándose en sus tramas de luz y ruido, en sus colmenas de interconexión humana. La oleada creció hasta convertirse en un borrón



de color, de toques de bocina, multitudes clamando, respiraderos humeantes y tráfico apurado...

Y luego, con un espasmo de aliento que dejó de respirar por un par de segundos antes de ahogarse, James retrocedió, cojo y exhausto, con el corazón roto por la pérdida, pero su mente y cuerpo gozando de alivio.

Y en la oscuridad, mojada y resbaladiza por la lluvia, la mano de Petra se calentó. Supuso que era solo el calor de sus dedos entrelazados, y la oleada de su poder liberado.

Pero entonces él jadeó.

Mientras los dedos de ella *apretaban los suyos*.